

CERO CRIMEN

Cómo Bukele
convirtió al país
más peligroso
del mundo
en el más seguro
de América

YOSSI ABADI
& SHARON GAL-OR

 Planeta

© 2026, Yossi Abadi y Sharon Gal-Or

Formación: Alejandra Romero

Diseño de portada: Kevin Gómez, Leonardo Soriano y Tomás Castro

Fotografía de solapa: Diego Flores Iglesias, cortesía de Yossi Abadi.

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2026

ISBN: 978-607-39-4766-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

EL DÍA QUE NADIE MURIÓ.	11
por Yossi Abadi	
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO 1. La era del miedo	31
CAPÍTULO 2. El reinicio	63
CAPÍTULO 3. El gran cambio de imagen	107
CAPÍTULO 4. El servidor en la puerta	127
CAPÍTULO 5. La máquina de la participación	137
CAPÍTULO 6. La doctrina de la compresión	154
CAPÍTULO 7. El puño de hierro	185
CAPÍTULO 8. La fortaleza del futuro	212
CAPÍTULO 9. La calma después del fuego	230

CONCLUSIÓN 269

REFERENCIAS 293

CAPÍTULO 1

LA ERA DEL MIEDO

UN PAÍS DE EXTREMOS

Les dijeron a los niños que se acostaran boca abajo. Era justo después del amanecer en El Mozote. Los soldados habían llegado la noche anterior, con sus botas levantando polvo en la pequeña plaza del pueblo. Ordenaron a las familias que salieran de sus casas; lo dijeron con las armas desenfundadas y voces monótonas. Nadie se resistió; no había nadie con quien luchar. Ya se habían llevado a los hombres, los habían conducido a los límites del pueblo y los habían alineado detrás de la escuela. Por la mañana, habían separado a las mujeres y los niños. Luego, los llevaron en manada a la iglesia. Les dijeron que rezaran Y, después, que se acostaran boca abajo.

Cecilia, de nueve años,¹ recordó la sensación del brazo de su madre sobre su pecho: apretado como un cinturón de seguridad. Su hermanito lloriqueaba. Un soldado le dijo que se callara, y esa

¹ Basado en los testimonios de los sobrevivientes recogidos en el informe de la Comisión de la Verdad de las Naciones Unidas de 1993. Para más información sobre los sobrevivientes de la

fue la última vez que ella escuchó su voz. Cerraron las puertas de la iglesia. Y luego comenzaron a disparar.

Ella no vio morir a su madre. Lo sintió: el peso se le quitó del pecho. Cuando las balas finalmente cesaron, la sala quedó en silencio. El aire estaba quieto. Luego los soldados encendieron una cerilla. Las llamas treparon por el altar, lamieron las paredes. Comenzaron a devorar los cuerpos. Cecilia se escabulló por una ventana trasera: sangrando, quemada, pero viva.

No hablaría durante más de una década de lo que pasó ese día.

* * *

En diciembre de 1981, los soldados mataron a más de 800 civiles en El Mozote y en las aldeas de los alrededores en el transcurso de tres días. Decapitaron a los hombres. Violaron a las mujeres. Dispararon a los niños y los quemaron vivos.

Los soldados formaban parte del Batallón Atlácatl, una unidad de contrainsurgencia entrenada por Estados Unidos. Les habían dicho que la zona simpatizaba con la guerrilla, pero las investigaciones no encontraron pruebas de una batalla en la aldea y concluyeron que los civiles fueron asesinados sistemáticamente. Sin embargo, cinco días después, la embajada de Estados Unidos en San Salvador envió un cable a Washington en el que afirmaba que la redada en Morazán había sido un «éxito total», y añadía —casi como una nota al margen— que no podía confirmar «los informes de víctimas civiles».²

Guerra Civil salvadoreña, véase la película de 2004 *Voces inocentes*, que retrata las experiencias de los niños durante el conflicto.

² Telegrama SAN SAL 03249 de la Embajada de EE. UU. en San Salvador (17 de diciembre de 1981), desclasificado en virtud de la Ley de Libertad de Información (FOIA); publicado por primera vez en el Archivo de Seguridad Nacional, El Salvador: The Making of U.S. Policy, 1977-1984, conjunto de microfichas, doc. 01034. Véase también Raymond Bonner, «Massacre of Peasants Reported in Salvador Village», *The New York Times*, 27 de enero de 1982, y Alma Guillermoprieto, «Salvadoran Army Is Said to Kill 733 in Raid», *The Washington Post*, 27 de enero de 1982, para consultar relatos de testigos de la época que contradicen la evaluación del cable.

El Gobierno de El Salvador negó que hubiera ocurrido. El Gobierno estadounidense alegó falta de pruebas. Se difamó a los periodistas internacionales y, aun así, la guerra continuó. Para las personas que la vivieron, la memoria se convirtió en una especie de exilio.

En realidad, aunque la guerra estalló en la década de 1980, la chispa se había encendido mucho antes.

Durante más de un siglo, la inmensa riqueza cafetera de El Salvador circuló casi exclusivamente entre lo que a menudo se denominaba Las Catorce Familias, cuyos apellidos aún coronan torres bancarias, molinos de exportación y cabeceras de periódicos. A finales de la década de 1970, la tierra contaba una historia brutal: el 92% de las fincas del país ocupaban menos de un tercio del área agrícola total. El resto —la tierra buena, la tierra fértil, la tierra que producía riqueza— estaba en manos de unos pocos. Y el 41% de los campesinos no tenía tierra alguna.

Además de dominar la agricultura de exportación, estas redes de élite mantenían profundos vínculos con las fuerzas armadas y el aparato de seguridad, una estructura que los académicos han descrito como una «oligarquía agromilitar». Las elecciones estaban amañadas, las políticas se redactaban en salones de fumadores, y solo un puñado de patriarcas decidía quién podía poseer, cultivar o incluso pisar las mejores tierras de la república.

Tomás Hernández tenía ya el pelo blanco cuando se escribió este libro, pero todavía hablaba de su infancia en Morazán con la voz baja de quien recuerda algo que duele. «Mi padre sembró toda su vida una tierra que no era suya, y al final de la cosecha apenas nos quedaba para comer —contó—. Nadie tenía que explicarme nada. Desde niño supe en qué lugar me había tocado nacer, y supe también que ese lugar no iba a cambiar nunca». Hizo una pausa larga. «Eso no me hizo agarrar un fusil. Pero el día que vi a otros agarrarlo, no me costó entender por qué».

De este abismo surgieron las dos fuerzas que dominarían los siguientes treinta años de El Salvador.

A la derecha, el exmayor Roberto D'Aubuisson reunió a terratenientes y oficiales de línea dura en la Alianza Republicana

Nacionalista (ARENA) el 30 de septiembre de 1981. Su plataforma no necesitaba matices: Dios, patria y anticomunismo sin concesiones. En un país donde la guerra ya había comenzado, eso bastó para construir un movimiento. A la izquierda, una coalición de grupos guerrilleros marxistas cambió los rifles por papeletas electorales en 1992, prometiendo justicia social y democracia participativa. Denominada Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), se comprometió a derrocar a la oligarquía por cualquier medio necesario.

Ninguno de los dos partidos nació en el Parlamento. En cambio, ambos se forjaron en el miedo, y ambos respondieron a la violencia con organización.

En la década de 1970, la presión se desbordó. Los manifestantes exigían una reforma agraria. Los sacerdotes comenzaron a predicar la teología de la liberación. Grupos de estudiantes organizaron huelgas. Comunidades enteras fueron acusadas de subversión. Hubo detenciones masivas, desapariciones, torturas. En 1980, cuando el arzobispo Óscar Romero —considerado la voz moral de la nación— recibió un disparo en el corazón mientras celebraba misa, el país llegó a un punto de inflexión.

Los pobres se movilaron. Pronto comenzaron a luchar. Lo que siguió fueron doce años de guerra civil, más de 75 000 muertos, aproximadamente 8 000 desaparecidos e innumerables vidas destruidas.

Estados Unidos, aterrorizado ante la posibilidad de otra Cuba, canalizó miles de millones de dólares en ayuda al Gobierno salvadoreño: instructores militares, helicópteros, equipos de comunicaciones, dinero en efectivo. El Congreso emitió advertencias, se filtraron informes. Pero la ayuda siguió llegando. Y en las montañas, las masacres también siguieron ocurriendo.

El Mozote no fue una excepción, sino una táctica. Operaciones similares tuvieron lugar en el río Sumpul, en Chalatenango y en docenas de aldeas a lo largo del país. Los soldados disparaban a niños, incendiaban casas y se deshacían de los cuerpos. A menudo, eran

miembros de unidades de élite entrenadas a través de programas estadounidenses, incluida la Escuela de las Américas, entonces con sede en Panamá.³

A finales de la década de 1980, la guerra había perdido impulso. La guerrilla controlaba amplias zonas rurales, mientras que el Ejército mantenía el control de las ciudades. La población civil intentaba sobrevivir entre ambos bandos, esquivando balas y acusaciones y luchando contra el hambre. Cuando llegó la paz, no fue gracias a una victoria. Fue el resultado del agotamiento.

Los Acuerdos de Chapultepec, que pusieron fin oficialmente en 1992 a la guerra civil de 12 años en El Salvador, fueron elogiados en todo el mundo como un modelo de resolución negociada de conflictos. El FMLN se convirtió en un partido político; se redujo el Ejército. Se creó una nueva fuerza policial civil y las Naciones Unidas supervisaron las reformas. La democracia había llegado... sobre el papel. Pero la justicia se había quedado atrás.

El informe de la Comisión de la Verdad se publicó en marzo de 1993. Era exhaustivo, concluyente y absolutamente devastador. Tres juristas internacionales, respaldados por las Naciones Unidas, habían pasado meses recopilando testimonios, más de 22 000 relatos verificados de todo el país. «Los vi matar a mis hijos», decía uno de los relatos. «Le dispararon a mi pequeña Cristina en la cabeza».⁴ Masacres. Escuadrones de la muerte. Lugares de tortura. Asesinatos políticos. Dieron nombres. Confirmaron lo que la gente ya sabía, pero nunca había visto reconocido por escrito: que el 85% de las atrocidades habían sido cometidas por el Ejército salvadoreño o por fuerzas alineadas con el Estado. Que algunos de los peores crímenes, como el de El Mozote, no fueron actos de guerra aislados,

³ La Escuela de las Américas, con sede actualmente en Fort Benning, Georgia, entrenó a miles de soldados latinoamericanos, muchos de los cuales estuvieron posteriormente vinculados a las atrocidades cometidas durante la guerra civil de El Salvador. Véase el Registro del Congreso de los Estados Unidos, 1996; «School of the Americas: Training Ground for Latin American Dictators», *The Washington Post*, 13 de noviembre de 1996.

⁴ Amaya Testimony, UN Truth Commission Annex 029-ELM-91.

sino estrategias sistemáticas. Que los altos mandos —generales, ministros, comandantes— habían autorizado u ocultado esos crímenes. Y que la justicia sería esencial para que El Salvador pudiera sanar alguna vez.

El informe recomendaba juicios, reformas, purificación institucional. Establecía un plan para la reconstrucción moral. Cinco días después, la legislatura salvadoreña aprobó una ley de amnistía general.⁵ Y durante años, no hubo procesamientos. Incluso la memoria oficial fue limitada, mantenida viva principalmente por los sobrevivientes, las organizaciones no gubernamentales (ONG) y los esfuerzos conmemorativos locales.

Para sobrevivientes como Cecilia, que había perdido a toda su familia en El Mozote, la ley de amnistía fue una segunda muerte. «Dijeron que perdonaríamos —dijo—, pero nadie nos preguntó primero». Los acuerdos de paz habían puesto fin a los combates, pero no a la guerra. En cambio, la convirtieron en algo inconfesable. Ningún soldado fue juzgado. Ningún general prestó testimonio. Las víctimas fueron borradas por segunda vez no por las balas, sino por la burocracia.

En las aulas se pasaba por alto la guerra. En los medios de comunicación se evitaba mencionarla. En la política, se convirtió en una insignia o en una maldición, dependiendo de la persona.

Unas pocas ONG mantuvieron vivo el recuerdo. También lo hicieron un puñado de sacerdotes y maestros, así como las madres de los desaparecidos. Pero el Estado había dejado clara su postura: reconciliación sin justicia. Estabilidad sin verdad. Una democracia construida sobre arena.

No fue una sorpresa entonces que cuando las armas callaron, las estructuras de guerra del país simplemente cambiaran de uniforme.

⁵ Ley de amnistía: el Acta Plenaria n.º 56 recoge que la amnistía se aprobó con 47 votos a favor y 19 abstenciones. Se trataba apenas de una mayoría simple, pero fue suficiente para eliminar las conclusiones de la Comisión de la Verdad de la agenda jurídica antes de que se secara la tinta (Asamblea Legislativa, 20 de marzo de 1993).

GUERRA CON OTRO NOMBRE

La ley de amnistía de 1993 tenía como objetivo cauterizar las heridas de la guerra. En cambio, cauterizó la rendición de cuentas. Según el propio fallo de la Corte Suprema de El Salvador en 2016, la ley alimentó una cultura de impunidad, una cultura en la que, según expertos en seguridad regional, la gran mayoría de los homicidios quedaba sin resolver y sin consecuencias.⁶ Los expertos en derecho señalan que al alentar a la sociedad a «perdonar y olvidar», se cortocircuitaron las instituciones policiales y judiciales. En El Salvador quedó claro que casi nadie pagó por el asesinato.⁷

¿Y la política del país? Sus partidos no cayeron en desgracia; simplemente cambiaron la gracia por el poder. Los autobuses de campaña de ARENA cubrieron el camuflaje con pintura. Los primeros carteles políticos del FMLN aún olían a tinta de trinchera. Cuando los acuerdos convirtieron a los soldados en ciudadanos, también convirtieron a los comandantes en candidatos, encerrando así al electorado en un binomio que fue escrito a punta de pistola. Para cuando Bukele se postuló a la presidencia en 2019, cuatro de sus cinco predecesores de la posguerra —dos de ARENA, dos del FMLN— habían sido acusados o condenados por delitos.⁸ La revolución y la contrarrevolución aprendieron a saquear en tándem. Los rumores de golpes de Estado dieron paso a acuerdos de contratos sobre vino importado.

Los mismos salones, nuevas estafas. Y así sucesivamente.

A principios de la década de 2000, las líneas de trinchera se habían difuminado. El neoliberalismo de aristas afiladas de ARENA se anquilosó en una deriva tecnocrática; el fuego revolucionario del FMLN se apagó en clientelismo y burocracia. Ya no era izquierda

⁶ Joshua Partlow, «El Salvador Supreme Court Overturns Amnesty for Civil-War Crimes», *The Washington Post*, 13 de julio de 2016.

⁷ Louise Mallinder, «Promoting Peace and Impunity? Amnesty Laws After War», *Journal of Conflict and Security Law* (28: 2, 2023): 235-263.

⁸ El expresidente Francisco Flores, quien era objeto de un proceso judicial por presunta malversación de fondos de Taiwán, falleció durante el proceso. Por lo tanto, no fue condenado.

contra derecha: ahora era una contienda sobre quién podía mantener la maquinaria en marcha. Y la corrupción se convirtió en el lubricante de elección.

Para 2010, una serie de cables diplomáticos estadounidenses filtrados comenzó a completar las notas al pie. Uno describía un fondo de campaña secreto a través del cual el dinero taiwanés financiaba discretamente la ofensiva legislativa del partido. Otro señalaba al entonces presidente Tony Saca, y en él se estimaba que más de 200 millones de dólares⁹ en fondos públicos habían sido desviados para recompensar a aliados, presionar a opositores y, en última instancia, construir una maquinaria política demasiado personal como para que el partido la absorbiera. ARENA lo expulsó, pero el partido sobrevivió. La maquinaria siguió funcionando.

Dentro del FMLN también la fricción fue dura y rápida. El presidente Mauricio Funes hablaba el lenguaje de la moderación, la inversión y la diplomacia. Pero dentro de su gabinete había voces que presionaban por alinearse con Venezuela, Cuba, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y el viejo manual de la Guerra Fría. La unidad que los había llevado a través de las trincheras comenzó a desmoronarse. La revolución había llegado al palacio, pero no pudo apoltronarse.

Sin embargo, junto con la corrupción, había algo más que las élites de la posguerra dominaban, a saber: la narrativa. Controlaban las frecuencias de radio, los libros de texto, los memorandos de política y los comunicados de prensa. Si la guerra parecía desvanecerse de la memoria, no era porque sus heridas se hubieran curado. Era porque su memoria estaba estrictamente controlada. El Estado no solo reescribió la historia, sino que la *escribió en nombre de otros*, dejando intacto el dolor, pero borrando el registro en sí.

Y así, El Salvador avanzó, pero no progresó. Se reconstruyó sin reflexión. La guerra había terminado oficialmente, pero el país forjado por la guerra permaneció.

⁹ Años más tarde, los tribunales confirmarían que el robo había superado los \$300 millones.

Monseñor Gregorio Rosa Chávez, uno de los mediadores más respetados del proceso de paz, lo expresó con crudeza meses antes del decimoquinto aniversario de los acuerdos: Desde que firmamos la paz, la pobreza, el desempleo y la inseguridad ciudadana habían aumentado. El Gobierno, señaló, no reconocía que las causas seguían siendo estructurales. «Negociamos la paz», dijo, «pero no tenemos un país reconciliado. Tenemos una especie de guerra de otra manera».¹⁰

¿Y el pueblo? Se le dijo que esto era democracia. Pero no se sentía como democracia. Se sentía como una suspensión. Ahora había papeletas de votación, pero no había fe en lo que valían. Había policías, pero parecían soldados. Había tribunales, pero no respondían ante nadie.

La guerra había quemado el tejido social, y nada se había vuelto a coser. Se había reducido el Ejército, pero no se había desmilitarizado; se había privatizado la economía, pero no se había descentralizado. Y se había pacificado a la gente, pero no se le había protegido en absoluto.

Lo que siguió a la guerra no fue una recuperación inclusiva, sino una restauración de la élite. Los proyectos de inversión pública pasaron por alto las zonas más afectadas. Los programas de ajuste estructural cortearon a los acreedores, pero descuidaron a las comunidades. El prometido dividendo de la paz trajo decepción. Y donde no había esperanza, la desesperación se extendió. ¿En qué se suponía que debían creer los salvadoreños?

El Estado había matado a sus civiles. La guerrilla hacía desaparecer a sus enemigos. Los partidos que antes defendían la revolución y la represión se sentaron codo a codo en el Congreso, aunque la sangre en sus botas aún no se había secado.

* * *

¹⁰ IPS Noticias, 2007.

Cecilia nunca salió del país. Se construyó una vida, pequeña pero real, en las afueras de San Salvador. Trabajaba en un mercado. Nunca se casó, nunca tuvo hijos. Pero todos los domingos, encendía una vela por los que no regresaron.

Durante mucho tiempo no habló de El Mozote. No porque no lo recordara, sino porque nadie quería escuchar. Cuando salió el Informe de la Verdad, leyó cada palabra. Subrayó el nombre de su hermano. Y luego, cuando se aprobó la ley de amnistía, cinco días después, quemó una copia en la estufa de su cocina. Nadie iría a la cárcel. No habría ningún registro de su nombre. Su familia había sido borrada de nuevo, esta vez no por balas y fuego, sino por papel y tinta.

Así que convirtió su dolor en rutina y el ciclo comenzó de nuevo: una nación construida sobre el silencio, un pueblo criado en el trauma y una república atormentada por una guerra que intentó olvidar, pero no pudo, solo que esta vez la violencia no vestía uniforme. Llevaba un tatuaje.

LA REPÚBLICA DE LAS PANDILLAS

El cuerpo del chico llevaba casi dos horas tirado en el callejón. Le faltaba un tenis.

Ni policías. Ni ambulancia. Solo vecinos mirando a través de ventanas enrejadas. Demasiado asustados para cubrirlo, así como para apartar la vista.

Se llamaba Ángel. Tenía 15 años, le habían disparado tres veces detrás de la oreja izquierda. La gente de la colonia decía que era porque había cruzado una calle que no debía. Otros decían que lo habían marcado para reclutarlo y que se había negado. Pero la verdad no importaba, no aquí. Su madre lo encontró justo después del mediodía y gritó hasta que se le quebró la voz. Aun así, nadie se atrevía a moverse. Sabían que los asesinos seguían observando. Sabían que ellos podrían ser los siguientes.

Cuando la ley de amnistía borró la responsabilidad, dejó que las heridas de guerra del país supuraran. Y en esa peligrosa podredumbre, algo nuevo comenzó a crecer. Algo más frío. Algo más ávido.

Una generación nacida del trauma y deportada del exilio, para luego ser devuelta a una nación que no podía cuidar de sus hijos.

* * *

La MS-13 y el Barrio 18 no nacieron en El Salvador. Fueron importadas, traídas de las calles de Los Ángeles y grabadas en la piel con tatuajes. Eran marcas no solo de lealtad, sino también —y sobre todo— de abandono.

En las décadas de 1980 y 1990, mientras los salvadoreños huían de la guerra, decenas de miles se establecieron en Los Ángeles, particularmente en los barrios Pico-Union y South-Central. Estos ya eran zonas de guerra de otro tipo, donde los límites estaban marcados por el origen étnico, la pobreza y la pura voluntad de sobrevivir.

Los adolescentes salvadoreños, a menudo huérfanos de padre y aún traumatizados por lo que habían visto en su país, formaron sus propias pandillas para protegerse, entre las que destacaba Barrio 18. La MS-13 surgió de la misma manera y más tarde se convirtió en su principal rival. Los nombres sonaban a jerga callejera, pero tenían un significado: «Mara» significaba pandilla. «Salvatrucha» evocaba a los guerrilleros: resistentes, despiadados, temidos.¹¹ No eran solo chicos de la calle. Eran hijos de la guerra, reprogramados con la lógica carcelaria estadounidense y la disciplina territorial.

A mediados de la década de 1990, una vez terminada la guerra civil en El Salvador, Estados Unidos comenzó a deportar a miles de jóvenes salvadoreños a su país, muchos de ellos afiliados a pandillas y con largos antecedentes penales. Un informe menciona casi 20 000 deportaciones a El Salvador entre 2000 y 2004.¹² No tenían

¹¹ En la jerga salvadoreña, «trucha» también significa «pandilla».

¹² «Swept Up in the Sweep: The Impact of Gang Allegations on Immigrant New Yorkers», NYIC, mayo de 2018.

trabajo, ni atención psicológica, ni servicios de reingreso, ni quién les diera la bienvenida a casa.

Lo que *sí* tenían era experiencia en la violencia: en sacar provecho del miedo. El Gobierno, todavía aturdido por su mito de la democracia de la posguerra, no tenía idea de qué hacer. Así que cuando el Estado no los absorbió, las calles los absorbieron en su lugar. Donde el Estado ofrecía amnesia, las pandillas ofrecían identidad.

Si la guerra civil había sido un choque de ideologías, la república de las pandillas era una crisis de sentido.

Los jóvenes se ganaban la entrada mediante una *brincada* —trece segundos de patadas y puñetazos para la MS-13, dieciocho para el Barrio 18— seguida de un juramento de proteger a la pandilla *de por vida y hasta la muerte*. Sin nombres. Sin vacilaciones. Solo segundos de violencia sancionada. Luego memorizabas el catecismo de la pandilla: señas con las manos, pases de lista a modo de oración y *canchas* (asambleas) semanales en las que se juzgaban las infracciones frente al grupo.

La gente no se unía a las pandillas porque creyera en la violencia. Se unía porque no creía en nada más. La confianza que había sido asesinada a tiros en las montañas de Morazán y Chalatenango nunca resucitó en los barrios de San Salvador. Y así, las pandillas hicieron lo que los sistemas sin gobierno siempre hacen: llenaron el vacío. Ofrecieron orden donde no había. En los barrios que el Estado abandonó, se convirtieron en el Estado *de facto*. Donde la Policía falló, las pandillas gobernaron; donde el debido proceso desapareció, surgió —y prosperó— la justicia de la calle. En comunidades desde San Miguel hasta Soyapango, impusieron toques de queda, mediaron en disputas, prohibieron ciertas drogas, incluso castigaron a los agresores domésticos. No era altruismo, era control. Y para muchos ciudadanos, ese era todo el control que conocían.

La ausencia se convirtió en arquitectura. Las pandillas construyeron su república, primero con presencia, luego con reglas y, finalmente, con extorsión. Se propagaron como virus, entrando por las grietas más pequeñas de la confianza. No había uniformes, ni banderas, ni ministerios. Pero gobernaban de todos modos.

Los criminólogos han comparado a las pandillas de El Salvador con un ejército en la sombra: jerarquizadas, regimentadas y gobernadas por el miedo.¹³ En la cima se sentaban los *ranfleros*, o alto mando. A menudo encarcelados, seguían tomando las decisiones a través de teléfonos desechables y órdenes codificadas que se pasaban de mano en mano como decretos sagrados. Debajo de ellos, los *palabreros* manejaban las pandillas, dirigían el territorio e imponían la disciplina. Luego venían los *soldados*, o pandilleros, responsables de los cobros, las ejecuciones y la defensa. Los vigías —a menudo niños pequeños— vigilaban las esquinas.

Y luego estaban los colaboradores: civiles que proporcionaban cobertura, silencio y alojamiento. Había reglas, y eran estrictas. No se podía cambiar de bando. No se podía salir con rivales. No se podía cometer asesinatos no autorizados. En algunas pandillas, incluso la violación se castigaba con la muerte no porque fuera inmoral, sino porque era malo para el negocio. La disciplina no era una sugerencia. Se *imponía*, con balas o machete. Para ascender dentro de este sistema, la sangre era obligatoria. Un recluta no se convertía en un pandillero, un soldado de pleno derecho, hasta que hubiera matado al menos a diez personas, según relataron funcionarios de seguridad y expertos en cárceles en entrevista. La violencia no era un exceso era parte del plan de estudios. Cada asesinato era tanto una iniciación como un seguro: una vez derramada la sangre, la lealtad no podía revocarse.

Y luego estaban los tatuajes. No eran solo para infundir miedo. Eran documentación: currículos de violencia y lealtad. Una frente marcada con «MS» era un contrato de por vida. Los cuernos de diablo en el cuero cabelludo significaban históricamente rango. Las lágrimas bajo el ojo podían marcar un asesinato o un compañero caído. El «13» y el «18» no eran números: eran estandartes, ondeando sobre la piel.

¹³ International Crisis Group, *Mafia of the Poor: Gang Violence and Extortion in Central America*, 6 de abril de 2017, <https://www.crisisgroup.org/latin-america-caribbean/central-america/62-mafia-poor-gang-violence-and-extorsion-central-america>.

Y eran irreversibles. Una vez tatuado, quedabas marcado no solo para las pandillas rivales, sino también para el resto de tu vida. Para los empleadores, para la Policía. A menudo, para la traición. Tu cuerpo se convertía en tu pasaporte. Y en muchos casos, también en tu sentencia de muerte.

DESCIFRANDO LAS PANDILLAS: LAS ESTRUCTURAS, LOS SIGNOS Y LOS SÍMBOLOS DE LOS PODERES PARALELOS DE EL SALVADOR

TABLA 1. LOS DOS GIGANTES.

NOMBRE	ORIGEN	COLOR	RASGOS SIMBÓLICOS
MS-13 (La Mara Salvatrucha)	Los Ángeles, década de 1980.	Azul	Raíces guerrilleras, bastiones rurales, tatuajes llamativos, estrictos códigos internos.
Barrio 18	Los Ángeles, década de 1960.	Negro	Presencia urbana, jerarquía menos rígida. Más expansionista, con fuerte presencia en toda América Latina

TABLA 2. JERARQUÍA DENTRO DE LA PANDILLA.

GRADO	ROL	CARACTERÍSTICAS
Ranflero	Comandante nacional o regional	Con frecuencia en prisión, pero aun daban órdenes.
Palabrero	Líder local	Manejaban grupos cerrados, ordenaban asesinatos y gestionaban la extorsión.

Soldado	Pandillero	Ejecutaban órdenes, cobraban pagos, defendían territorio.
Posteador	Vigía	Joven recluta que vigilaba e informaba sobre la actividad en las calles.
Colaborador	«Amigo» civil de la pandilla	Podían proporcionar hospedaje, apoyo logístico o guardar silencio.

TABLA 3. SIMBOLOGÍA DE LOS TATUAJES.

SÍMBOLO	SIGNIFICADO
«MS»/«M13» en toda la frente	Máxima lealtad: una marca irreversible de fidelidad.
Cuernos del diablo/rostros demoniacos	Símbolo de fuerza, intimidación y «lealtad a toda costa».
Telarañas	Atrapado en la vida / compromiso ineludible.
Lágrimas debajo de los ojos	A menudo vinculadas a asesinatos cometidos o camaradas muertos.
Números «13» o «18»	Referencia directa a la afiliación a la pandilla; se ven en los nudillos, la nuca e incluso en los párpados.

NOTA: Algunos tatuajes servían como currículum, otros como armadura. Muchos se convertían en condenas de prisión en sí mismos: una vez marcado, a menudo te convertías en blanco de rivales, de la Policía o incluso de tu propio grupo en caso de traición.